

grave, verdugo y sacerdote, transparente como el cristal y duro como la roca.

Digamos aquí que, después del combate, cuando los cadáveres fueron llevados al depósito y registrados, se encontró á Le Cabuc una cédula de agente de policía. El autor de este libro ha tenido en sus manos, en 1848, el informe especial, dado con este motivo al prefecto de policía de 1832.

Añadamos, que si hemos de creer una tradición de policía extraña, pero probablemente fundada, Le Cabuc era Suenadinerero. Este miserable no dejó huella alguna de su desaparición; parece que se amalgamó con lo invisible. Su vida había sido tinieblas; su fin fué la noche.

Todo el grupo de insurgentes estaba aún sometido á la emoción de este suceso trágico, instruido y terminado tan rápidamente, cuando Courfeyrac vió en la barricada al jovencillo que por la mañana había preguntado en su casa por Mario.

Este muchacho, que tenía el aspecto atrevido é indiferente, había venido por la noche á buscar á los insurgentes.

LIBRO DÉCIMO TERCERO

MARIO ENTRA EN LA SOMBRA

DESDE LA CALLE PLUMET AL BARRIO DE SAN DIONISIO

Aquella voz que al través del crepúsculo había llamado á Mario á la barricada de la calle de la Chanvrerie, le había producido el mismo efecto que la voz del destino. Quería morir y se le presentaba la ocasión: llamaba á la puerta de la tumba y una mano en la sombra le enseñaba la llave. Esas lúgubres aberturas que se hacen en las tinieblas, ante la desesperación, son tentadoras. Mario separó la verja que le había dejado pasar tantas veces, salió del jardín y dijo:—¡Vamos!

Loco de dolor, no encontrando nada fijo y sólido en su cerebro, incapaz de aceptar nada de la suerte después de aquellos dos meses pasados en la embriaguez de la juventud y del amor, oprimido á la vez por todas las meditaciones de la desesperación, no tenía más que un deseo: concluir con su vida.

Empezó á andar rápidamente; precisamente iba armado con los dos cachorrillos que le dió Javert.

El joven á quien había creído ver, se había perdido en la obscuridad de las calles.

Mario, que había salido de la calle Plumet por el boulevard, atravesó la Explanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos, la plaza de Luis XV